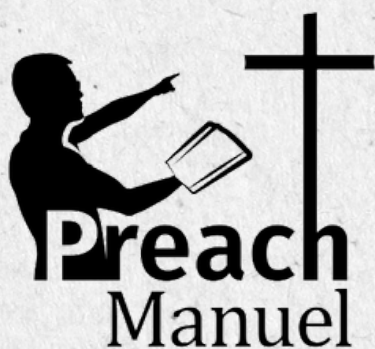




Comentario al
texto bíblico

UNIENDO EL CIELO Y LA TIERRA.

VIVIR CON CRISTO

I TRIMESTRE - 2026

RESUCITADOS CON CRISTO

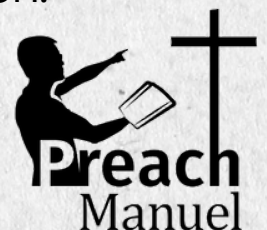
“Si, pues, **habéis resucitado con Cristo**, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios” (Colosenses 3:1).

Ya en el capítulo 2 de su epístola, el apóstol Pablo le recordaba a los colosenses que habían sido “sepultados con él en el bautismo” (Colosenses 2:12). Por tanto, les exhorta a que, en virtud de la resurrección con la que Cristo les dio nueva vida, buscasen ahora “las cosas de arriba”.

Esta teología no era inusual ni en las cartas de Pablo, ni en el resto de las Escrituras. Desde el Génesis Dios prefiguraba la resurrección, y Abraham así lo entendió cuando “... no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, **que estaba ya como muerto** (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara” (Romanos 4:19).

Ni hablar del hecho que decidió ofrecer a su propio hijo en sacrificio “**pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos**, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir” (Hebreos 11:19). También profecías como la del valle de los huesos secos registrada en Ezequiel 37 demuestran como Dios, a través de su Espíritu, siempre ha tenido la intención de infundir nueva vida a su pueblo.

Pablo así lo entendía, y en consecuencia, alentaba a sus lectores a participar del poder de la resurrección:



RESUCITADOS CON CRISTO

*“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús **vivificará también vuestros cuerpos mortales** por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:11).*

¿En qué consiste esta resurrección? En ser habilitados por medio del Espíritu para que en el mismo cuerpo mortal, asidero de todas las tentaciones, **podamos vivir honrando a Dios y no sirviendo al pecado.**

¿Y cómo es esto posible? A través de la contemplación de Cristo y la retención de su palabra en el corazón: *“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Juan 15:7).*

Es entonces como, participando de la resurrección en Cristo, podemos buscar *“las cosas de arriba”*, sabiendo que solo siendo vivificados por Dios, podemos hacer su voluntad:

“Vivifícame conforme a tu misericordia, y guardaré los testimonios de tu boca” (Salmo 119:88).



VIVIENDO POR ÉL Y PARA ÉL

“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:2-3)

Sabiendo que en la contemplación de Cristo y en guardar su palabra encontramos el medio para vivir conforme a su voluntad, debemos hacer esfuerzos decididos para que la mente se ocupe en los asuntos celestiales. Al respecto, el apóstol Pablo aconsejaría:

*“La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, **cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales**” (Colosenses 3:16).*

Mantener alabanzas que hagan referencia o citen directamente fragmentos de la Escritura, es un excelente método para traer la palabra de Dios a la mente en momentos de tentación o dificultad. Dejar que la imaginación recree las escenas de la vida de Cristo descritas en los evangelios, nos llenará de ánimo y esperanza en el poder del Salvador.

Tal como Ellen G. White aconseja:



VIVIENDO POR ÉL Y PARA ÉL

“Los seres humanos son entes con libertad moral, y como tales deben obligar sus pensamientos para que transcurran por los canales apropiados. Aquí hay un amplio campo en el cual la mente se puede explayar con seguridad. Si Satanás trata de desviarla hacia cosas inferiores y sensuales, **deben traerla de vuelta y concentrarla en las cosas eternas**; y cuando el Señor vea que se hace un esfuerzo decidido para retener solamente los pensamientos puros, **atraerá la mente como un imán, limpiará los pensamientos y los capacitará para que se purifiquen de todo pecado secreto**. 'Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo' (2 Corintios 10:5)”. 2T Mente Carácter y Personalidad, p.237.1

Haciendo caso de estas promesas, Cristo se manifestará en nosotros:

“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (v.4).

HACIENDO MORIR LO TERRENAL

“Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” (Colosenses 3:5).

Para hacer morir lo terrenal es necesario anular al “yo” en Cristo. Nuestros deseos siempre intentarán sobreponerse a nuestra sujeción a Dios, es parte de la naturaleza pecaminosa con la que nacemos. Sin embargo, **escondiendo nuestra vida en Jesús cada día** obtendremos la fuerza para no separarnos de la cruz.

“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (v.3). Esto no es sino lo que el mismo apóstol Pablo también había escrito en su epístola a los gálatas: *Con Cristo estoy juntamente crucificado, **y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí;** y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 3:20).*

Y precisamente siguiendo la alegoría de muerte-resurrección que emplea el apóstol Pablo podemos llegar a una conclusión contundente: Los muertos nada saben (Eclesiastes 9:5) y todo intento de comunicarse con ellos es una abominación despreciable para Dios (Deuteronomio 18:10-12). Es por ello que, si vivimos en una dinámica en la que pasamos de muerte en el pecado a vida en Jesucristo constantemente, **participamos de una forma de espiritismo e idolatría como se describe en el versículo 5.**



HACIENDO MORIR LO TERRENAL

Es por ello que la inspiración es enfática en exhortarnos a despojarnos del viejo hombre:

*“Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros, **habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó** se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos” (v. 8-11).*

EL VÍNCULO PERFECTO

“Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto” (Colosenses 3:14).

Después de exhortar a los creyentes a revestirse de compasión, benignidad, humildad, mansedumbre y paciencia, el apóstol Pablo culmina su llamado con una afirmación que resume todas las virtudes cristianas: **el amor es el vínculo perfecto**. No se trata simplemente de una cualidad más en la vida espiritual, sino del principio que une y da sentido a todas las demás. Sin amor, incluso las virtudes más nobles quedan incompletas.

Este mismo concepto aparece también en otras partes de la Escritura. El apóstol Pedro, por ejemplo, explica que por medio de las promesas de Dios los creyentes pueden llegar a ser “participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). Pero esta participación no ocurre de manera automática; implica un crecimiento progresivo en el carácter cristiano. Por eso añade una cadena de virtudes que comienza con la fe y culmina precisamente en el amor.

“Añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor” (2 Pedro 1:5-7).



EL VÍNCULO PERFECTO

El punto culminante de este proceso es el amor, porque **el amor es el reflejo directo del carácter de Dios**. La Escritura declara sin ambigüedad que “Dios es amor”, y todo el crecimiento espiritual del creyente apunta hacia esa meta: participar del mismo espíritu de amor que se manifestó plenamente en Cristo.

Pero surge una pregunta inevitable: ¿puede el ser humano realmente amar de esa manera? Humanamente hablando, parece imposible. El amor divino es desinteresado, abnegado y completamente opuesto al egoísmo natural del corazón humano. Sin embargo, Jesús mismo dejó una promesa extraordinaria que revela el propósito de Dios para sus seguidores.

En su oración sacerdotal, Cristo declaró:

“Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos” (Juan 17:26).

Aquí se revela el corazón del evangelio. Jesús no solo vino a enseñarnos acerca del amor de Dios, sino a **hacer posible que ese mismo amor habite en nosotros**. Cuando Cristo dice que dará a conocer aún el nombre del Padre, está señalando hacia la cruz, el lugar donde el amor divino se manifestó con mayor claridad.



EL VÍNCULO PERFECTO

¿Es esto posible para el creyente? Desde la perspectiva humana parecería una idea demasiado elevada. Sin embargo, es una promesa hecha por Cristo mismo al Padre. Y si, como afirma la Escritura, Jesús “fue oído a causa de su temor reverente” (Hebreos 5:7), entonces podemos confiar en que Dios cumplirá lo que su Hijo pidió. Por eso la vida cristiana consiste en recibir por fe lo que Dios ha prometido. Podemos acudir a Él con una petición sencilla pero profunda: **“Señor, enséñame a amar como tú amas.”**

Cuando ese amor comienza a gobernar el corazón, se cumple también la exhortación final de Pablo:

“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones... y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús” (Colosenses 3:15-17).

Así, cuando Cristo habita en nosotros, no solo transforma nuestros sentimientos, sino también nuestras palabras, nuestras acciones y toda nuestra vida, para que finalmente **toda la gloria pertenezca a Dios.**

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!

